

El banco central en Venezuela

José Guerra

Tal Cual 14 de abril de 2009

www.pensarenvenezuela.org.ve

Este artículo trata sobre el banco central en Venezuela y no sobre el Banco Central de Venezuela porque para todos los fines prácticos en el país no existe el banco central como institución garante de la estabilidad monetaria sino más bien un gigantesco edificio, ubicado en la Avenida Urdaneta, esquina de Las Carmelitas en la ciudad de Caracas, con un cartel que lo identifica. Ello es así porque durante los últimos cinco años el antiguo instituto emisor de Venezuela ha sido sometido a un proceso sostenido de liquidación de sus fundamentos hasta convertirlo en una especie de caja chica del gobierno presta a financiar los déficits fiscales y dándole al gobierno recursos financieros surgidos de la nada mediante prácticas contables impuestas por el Ejecutivo y aceptadas gustosamente por sus autoridades, las cuales ofenden la inteligencia y el conocimiento acumulado en materia contable y financiera. Esa contabilidad fraudulenta con la cual se elaboran los estados financieros del BCV permiten reflejar como activos del instituto reservas internacionales que fueron transferidas a Fonden pero que por arte de magia forman parte al mismo tiempo de los activos del BCV y de Fonden. Es como si Pedro le regalara una casa a Juan y cuando Pedro elabora su balance personal la casa sigue siendo parte de su propiedad en tanto que al hacer su balance, también Juan considera la casa regalada como un activo. Este exabrupto lo hicieron las autoridades del BCV y quienes suscriben su balance.

En el BCV se hizo durante muchos años un esfuerzo con costos muy elevados para formar en buenas universidades del exterior un conjunto de técnicos con potencial para constituirse en la generación de relevo con el objeto de que ocuparan cargos gerenciales a futuro. Ese programa de becas tiene cinco años que se suspendió y más bien en la práctica se ha cancelado. Similarmente, se procuró crear un clima de diálogo y discusión sobre los temas económicos relevantes para Venezuela mediante seminarios semanales con invitación abierta, donde concurrían profesores universitarios y funcionarios de los entes gubernamentales en un foro abierto para opinar libremente. Estos seminarios han sido abolidos por el Directorio del BCV. Lo peor de todo es que, salvo un par de economistas, el resto de quienes opinan y escriben sobre temas

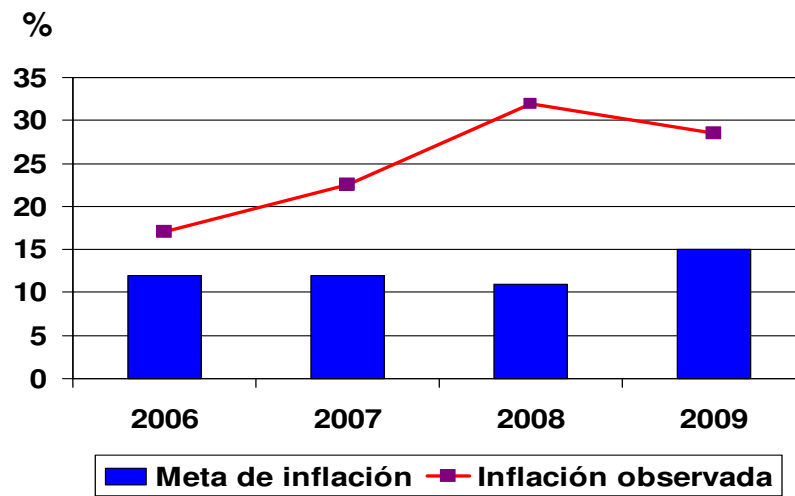
económicos, está vetado y no puede pisar los auditorios y salas del BCV para exponer sus ideas. Era práctica regular del BCV la realización de un encuentro internacional con frecuencia anual donde participaban economistas de calibre académico para debatir el estado del arte en materia de política monetaria, fiscal y cambiaria. Esto también se acabó y más ha sido sustituido por eventos irregulares de carácter politiquero donde hablan quienes más adulan al gobierno.

El clima de amistad sincera y de diferencias naturales que existía entre el personal ha sido sustituida por la sospecha, el miedo, el temor a hablar francamente y el sigilo de que el hilo telefónico esté intervenido, como efectivamente lo está. Esto crea un ambiente de temor entre la gente que trabaja en el BCV. En medio de todo esto sobrevive un personal con mística de trabajo, con la formación acumulada durante años y con un amor muy grande por la institución de la cual forman parte. Esos técnicos y el resto del personal es la esperanza para rehacer al BCV. Los especialistas en materia económica constituyen un cuerpo técnico con formación de primera línea cuyos conocimientos y experticias dista años luces de la que tienen sus jefes que conforman el Directorio del BCV. No hay forma de medir la brecha de conocimientos que existe entre unas autoridades postradas intelectualmente que lo único que saben es dar órdenes con la de los profesionales del BCV.

Pero más grave que lo anterior, es el daño que la política monetaria que le está causando a Venezuela debido a las elevadas y crecientes tasas de inflación. Cada año el BCV y el Ministerio de Finanzas cumplen con el ritual de anunciar una meta de inflación que debería ser la referencia para guiar las acciones monetarias del BCV y así resguardar el poder adquisitivo del signo monetario. Esa meta de inflación se ha convertido en un saludo a la bandera como se evidencia en el gráfico adjunto, donde es claro el divorcio existente entre la meta de inflación anunciada y la que efectivamente resultó al final de cada año. El incumplimiento del anuncio de inflación deteriora una credibilidad ya maltratada al tiempo que potencia la espiral inflacionaria porque crea en los agentes económicos la sensación de que el BCV está de brazos cruzados para contener el alza de precios, como en realidad ocurre. Además el BCV maneja la política monetaria como un secreto de Estado al no publicar su programa financiero ni los aspectos operativos de las acciones monetarias que emprende. Todo es un misterio. Pero no es tiempo de lamento sino de claridad en el propósito de mediano plazo que no es otro que refundar

al BCV sobre la base de la tolerancia a las ideas diversas y el rescate de su capacidad técnica y profesional.

Comparación entre la meta de inflación anunciada por el gobierno y el BCV y la inflación observada



Fuente: BCV